



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12325

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

SABADO 13 DE DICIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¿A qué esperan?

Hace algunos meses se presentaron en esta población algunos casos de viruela cuya propagación se combatía por cuantos medios dispone el arsenal científico, sin poderlo lograr en absoluto.

Efectivamente; por circunstancias propias de la ignorancia en que viven ciertos individuos, ignorancia que no es solo imputable a los mas pobres porque en ella ocurren también algunos ricos y buena parte de la clase media, el mal no pudo ser cortado de raíz y ha permanecido latente, apareciendo un día en un punto y al siguiente en otro, aunque por fortuna sin grandes energías de propagación, ni grandes peligros para los parientes.

Contra ese mal existe la vacuna. La manera mejor de combatirlo es limitándole más y más el terreno en que pudiera propagarse hasta reducirlo a la impotencia. Eso es lo que se hace en todo país civilizado, siempre con resultado idéntico, y de ahí el dicho tan generalizado entre los hombres eminentes de la ciencia higiénica, de que las epidemias variolosas son incompatibles con la civilización.

Esa sentencia fulminada por los higienistas contra los pueblos atrasados coge de lleno a esta población, no porque en ella haya verdadera epidemia, sino porque aun siendo limitado el número de enfermos no logra reducirlo y anularlo.

Lo raro es que esta falta no es imputable a la autoridad. El ayuntamiento tiene montados los servicios sanitarios como pocas po-

blaciones españolas lo tienen. El servicio de vacunación funciona con la amplitud necesaria, sin limitación de ninguna especie y de un modo gratuito. Sin embargo, pocos lo reclaman ahora y solo para niños, pues parece, según el modo de proceder del público, que solo en primavera se debe vacunar y que únicamente en la citada temporada tiene eficacia la vacuna.

Eso sí, en la mencionada estación acuden los niños en gran número. Durante este año se han vacunado unos seis mil y como el mal no encuentra campo abonado en la niñez para propagarse, se propaga entre los adultos.

Lo sensible es que estos no se preocupan de ese fenómeno naturalísimo. Nada les enseña ese hecho notable, pues si algo les enseñara acudirían a vacunarse como acuten los niños en primavera.

¿Esta evidenciado que la vacunación preserva de la enfermedad variolosa? ¿Sí? ¿Pues a qué aguardan para reclamar el beneficio de la vacuna los que por no estar vacunados están expuestos a contraer la enfermedad?

El servicio de vacunación está abierto. Se vacuna gratis, a quien lo solicita los miércoles y viernes de todas las semanas; pero si el número de reclamantes de tal beneficio aumentara, se vacunaría a diario, pues ya hemos dicho antes que ese servicio lo practica el ayuntamiento sin limitación.

Las anteriores líneas no están escritas para producir alarma. Ni es ese nuestro propósito ni hay motivo para producirlo.

Pero ¿a qué aguardan para vacunarse los que no lo están?

TIJERETAZOS

Leemos:

«Prudencia y energía en los conflictos de orden público, neutralidad en los de obreros y patronos, respeto al capitalista y amparo al trabajador, pureza electoral, administración inteligente y honrada... Los tópicos dulces con que ha compuesto su discurso a los gobernadores el ministro de la Gobernación, son los de todas las arengas y los de todas las circulares ministeriales. En el decir, tan fácil a la intrepidez y a la arrogancia, no hay diferencia entre el ministro revolucionario y los ministros pasilánimes. ¿Qué será en el hacer?»

Quien tal pregunta, es ducho en la materia.

Y como sabe lo que hizo Romero su patrono en casos tales, deduce lo que hará el Sr. Maura.

De todos modos, aunque no haga nada, no lo hará peor.

En Santander han sido denunciados los dueños de dos automóviles por circular por la vía pública con excesiva velocidad.

Y pregunta el periódico que da la noticia:

«¿A qué queda reducido el encanto de ir en automóvil si se suprime la probabilidad de derribar a algún transeúnte?»

A nada, a viajar sin emociones, sin esperanzas de despanzurrar a un prójimo ni de hacerle una visita a la cárcel.

En Bilbao ha sido detenido un sujeto que comenzó a disparar tiros de revólver para quitarse al frío.

Lo que diría el hombre:

—Contra el frío fuego.

Hay razonamientos que parten el alma.

EL COLOR DE LAS ESTRELLAS

La gran diferencia en el brillo de las estrellas echase de ver en cuanto se mira al cielo; pero requiere mayor atención darse cuenta de que difieren también en color y en la naturaleza de aquel brillo.

Los antiguos llevaron la diferenciación

en el último punto hasta reconocer la existencia de seis magnitudes; pero al llegar a la cuestión del color, apenas si notaron diferencia alguna. En general, decíase que los astros eran amarillos, y solo seis de color de fuego.

De esos seis, cinco puede afirmarse que son de color de naranja ó encarnados: Antares, Betelgeuse, Aldebarán, Arcturus y Polux. El sexto, Sirio, se nos aparece como intencionalmente blanco, habiéndose discutido mucho el tema de si ha cambiado de color durante los dos mil años últimos, ó si la denominación de «encarnado de fuego» es debida a algún error de apreciación, ó a su excesivo brillo. Porque lo cierto es que cuando le vemos cercano al horizonte, despide de vez en cuando un vivo destello rojo, debido a la irregular dispersión de la luz al atravesar la temblorosa atmósfera.

Dando por supuesto que la luz de cualquier estrella sea en parte blanca y en parte colorada, podemos dividir aquellas en clases, basadas sobre lo acentuado del matiz que ofrecen, y no sobre su color. En tal caso, esas clases serían cinco: el «blanco puro», mezclado, colorado, completamente colorado y colorado oscuro.

Además de la cuestión de la mayor ó menor fuerza del matiz de los astros, preséntase otra; la del color de ese matiz. Tratándose de los astros que se ven a simple vista, no se tienen en cuenta los colores más refrangibles. La gama de los mismos se extiende desde el rojo anaranjado al verde amarillento, y tal vez — en un solo caso, el de Beta Elibra — hasta el verde.

Alpha Lyrae, y posiblemente uno ó dos astros mas, tienen un matiz azul marcado; pero en general, las estrellas no consideradas como blancas pueden muy bien ser comprendidas en una de las cinco clasificaciones siguientes: naranja rojizo, naranja, amarillo anaranjado, amarillento.

Adviértase que al apreciar a simple vista los colores de las estrellas, es imposible adoptar un tipo natural de color; pero esta deficiencia es fácilmente subsanable, dando lo amplio del campo visual y la facilidad y rapidez con que la vista puede pasearse por los espacios celestes.

A las estrellas hay que compararlas unas con otras; las apreciaciones de color deben

ser puramente relativas, y pronto se conocerá que este es el método más exacto posible.

REVISTA SOCIAL

(Continuación)

Capítulo II.— Preguntamos a las estadísticas: ¿De hecho acumba la pequeña industria en la lucha económica moderna, según la han producido la libre concurrencia y la novedad técnica?

Esta investigación del señor Brants se cifra a dos naciones, Alemania y Francia; las estadísticas de la primera son más completas, y manifiestan el «movimiento» de la industria; las de la segunda sólo permiten descubrir el «estado».

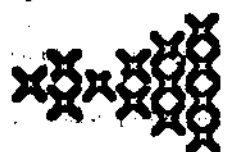
Con que consuelo, después de largo camino entre cifras y cuadros estadísticos, se llega a términos de desvanecer como ilusión aquella ley inexorable de la concentración marginal. Al contrario, a pesar del incremento enorme de las grandes empresas industriales, la pequeña industria sobrevive y da esperanza de vida para lo por venir.

Hemos de decir que hubiéramos deseado ver las investigaciones del autor, llevadas hasta Inglaterra y los Estados Unidos.

Constatando ya la situación de hecho, es hora de entrar en el debate; mas para acabar con la defensa, hay que averiguar de dónde procede el ataque. Esto se propone el capítulo siguiente.

Capítulo III.— Dos son, y muy poderosos, los enemigos de la pequeña industria, los cuales, aunque mirados en la superficie son la «transformación comercial» y la «transformación industrial»; aquella consiste en la vasta empresa que, respetando el trabajo doméstico, concentra su dirección, lo subordina al capital, le distribuye los pedidos, los separa del público, estableciendo cierta jerarquía que puede llegar al «sweating-system» ésta consiste en el taller, en la fábrica con sus vastos locales, sus poderosos motores, sus aglomeraciones de obreros.

La concurrencia de entrambas contra los oficios proviene de las ventajas que propor-



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



mente difícil, nunca dejaba de decir: «Es tan difícil como serrar las cadenas de Destuches!»

«Ahora todo esto se halla bien lejos de de nosotros señor de Flerbrap, y el tiempo, que ha extinguido nuestra juventud, ha pagado tan completamente el brillo de nuestras obras el ruido que hicimos en días lejanos, que esa locución de Conyart: «difícil como serrar las cadenas de Destuches», esa locución, que pasa por una muletilla del pobre hombre, nadie sabe ya lo que significa; pero nosotras tres, Ursul, Santa y yo, ¡bien lo sabemos!»

No era la primera vez que vibraba una nota melancólica en la historia de esa noble vieja, tan poco melancólica de costumbre; pero siempre era una nota no más, que pasaba de fogosamente por aquel relato, animado con la alegría de un corazón tan valeroso.

«En cuanto al caballero Destuches—prosiguió sin tomarse más tiempo que el necesario para ahogar un suspiro,—no bien recuperó su libertad y sus fuerzas, nos dió cortosamente las gracias, nos estrechó á todos la mano. Al tomar la mía, como uno de los Doce, me reconoció bajo aquel disfraz masonino que había llevado ya en otras circunstancias, pero con el cual no me había visto aún. No se asombró. ¿Qué se asombraba de nada en aquel tiempo? Sabía que me gustaba el fustil más que el haco. ¿Y qué mejor ocasión pa-

ra satisfacer tal gusto que la necesidad de esa vida armada de guerrilleros que era entonces nuestra vida?

—Señores—nos dijo,—el Rey debe á usted un servidor que va á reanudar sus servicios. Esta noche volverá al mar. El sol va á declinar dentro de poco, pero todavía está bastante alto para que podamos presentarnos juntos y armados por los caminos. Tenemos que día persarner. Dentro de dos horas podemos reunirnos en aquel molino de viento que está allí á la derecha de ustedes coronando una altura, y para donde yo les doy cita.»

«Es el Molino azul» dijo La Varesnerie.

—«Azul, en efecto—contestó sombríamente Destuches; porque en ese molino, señores, es donde me prendieron por estroición los Azules, dándoles á ustedes el trabajo de libertarme. He jurado en mi interior que he de pagarles en moneda corriente ese trabajo que les han dado. He jurado—dijo con una voz resonante como el timbre del metal—que he de vengar la muerte de M. Jacques. ¡Ustedes verán si cumplo mi juramento! Antes de que ese sol, que anuncia las tres de la tarde, haya desaparecido bajo el horizonte, y yo con él en la bluma de las costas de Inglaterra, doy á ustedes mi palabra de obediencia de que el Molino azul se tratará en Molino rojo, y no volve-